

nula y casamos, así la carta entera como cada una de las obligaciones y cauciones que la integran, cualesquiera que sean, creadas por ella ó relativas á ella; queremos, finalmente, que en ningún tiempo esta carta pueda tener ninguna fuerza.» Y en el mismo día Inocencio III escribía á los barones de Inglaterra que el tratado impuesto por ellos al rey Juan por la violencia y por la amenaza «era, no solamente vil y vergonzoso, sino también injusto é ilegal en tanto grado, que debía justamente ser reprobado de todos.»

Juan no dormía entretanto. Conociendo el peligro que por parte de Francia le amenazaba, procuraba reconciliarse con Felipe. En abril de 1215 había pagado 66.000 marcos á comerciantes franceses, que pretendían haber sido despojados, á despecho del tratado de Chinón, por vasallos de Inglaterra. En julio escribía «á su muy caro señor Felipe, ilustre rey de Francia,» para anunciarle que las autoridades de Londres dejarían á los comerciantes de Francia llevarse de la villa, sin inquietarles, sus mercancías y su dinero. En septiembre le enviaba una embajada y le daba toda clase de garantías respecto á los comerciantes franceses venidos de la isla. Le escribía estas líneas: «Os enviamos al prior de Coventry y á nuestro mayordomo de Reading para hacerlos saber que, si os hemos causado alguna vez perjuicios, estamos resueltos á repararlos.»

Por desgracia no era Juan el único que entablaba negociaciones con la Francia: las promesas de los insurrectos tentaban á Felipe Augusto. Desde los comienzos de la agitación había escrito á los barones de Inglaterra, comprometiéndoles á prolongar la resistencia y á permanecer unidos. Les ofrecía enviarles máquinas de guerra é impedir la partida de los caballeros que Juan reclamaba de Francia para su socorro. Tenía correspondencia secreta con Esteban de Langton. Estas maniobras no escaparon á la suspicacia de Inocencio III, que prohibió á Felipe y á Luis favorecer á los súbditos rebeldes. El rey de Francia se las compuso de modo que, sin crearle altercados con Roma, pudiera proseguir sus intrigas del otro lado de la Mancha. Seguros de su apoyo, redoblaron su audacia los barones.

«Un día, cuenta la *Historia de los reyes de Inglaterra y de los duques de Normandía*, los Veinticinco (eran los curadores que la Carta magna imponía al rey de Inglaterra) llegaron al tribunal del rey para pronunciar una sentencia. El rey estaba en cama, enfermo, á punto de no poder dar un paso. Rogó á los jueces que vinieran á conferenciar á su cámara. Negáronse los jueces á ello, por juzgarlo lesivo á su derecho, y respondieron al rey que si no podía aguantarse sobre sus pies, tenía el recurso de hacerse trasladar. El rey se hizo conducir á la sala en que los Veinticinco se mantenían en sesión: ni uno se levantó á su entrada, porque también esto era lesivo á su derecho. Y tales eran, concluye el cronista, los actos orgullosos y los ultrajes con que á diario y siempre le abrumaban.»

Cuando supieron los barones que la Carta magna acababa de ser anulada por el papa, se pusieron sobre las armas. Juan *Sin Tierra* vióse fuera de la ley. Esta vez se habían decidido los ingleses á cambiar de dinastía. ¿No podía Luis de Francia hacer valer sobre Inglaterra los derechos de su mujer Blanca de Castilla, sobrina de Juan? Cambiáronse negociaciones, durante los

meses de septiembre y octubre de 1215, entre el rey de Francia y los barones de Inglaterra. Felipe exigió veinticuatro rehenes, hijos de nobles, que recluyó, bien guardados, en Compiègne. Y solamente entonces permitió al príncipe real, á quienes los insurrectos habían elegido en Londres, comprometerse del todo con ellos. Luis les enviará primeramente tropas, y en la primavera próxima se embarcará para Inglaterra.

Legistas entendidos, al servicio y expensas de Felipe Augusto ó de su hijo, redactan, para propagarla por Inglaterra y Roma, una larga Memoria justificatoria, destinada á demostrar que el trono inglés está vacante desde el día en que el tribunal de los Pares de Francia condenó á Juan *Sin Tierra* á muerte, como culpable en el asesinato de Arturo. El hijo de este condenado, Enrique, no tiene, por lo tanto, ningún derecho para reemplazar á su padre, y Luis de Francia, elegido por la nobleza y el clero, es el legítimo propietario de la corona inglesa. Este manifiesto era una mentira y una treta abogacil, pero se trataba de disfrazarse con apariencias de derecho.

Aun cuando el papa no ignoraba tal vez este artificio, no quería correr el riesgo de una ruptura abierta con el monarca francés. Contentóse con excomulgar nominalmente á los nobles rebeldes y á los burgueses de Londres, suspendiendo al mismo tiempo al arzobispo de Cantorbery. Dirigió á los señores de Francia é Inglaterra y al propio Felipe Augusto cartas apremiantes y conminatorias para obligarles á no auxiliar, sino á combatir á los insurgentes. Juan no era más que el protegido del subdiácono Pandolfo y del cardenal Galón de Beccaria. En realidad era el Papado y sus legados quienes, bajo el nombre del Plantagenet, odiado y en desgracia, hacían veces de rey en Inglaterra.

El oficioso historiador Guillermo *el Bretón* pretende que la empresa del príncipe Luis mereció primeramente la reprobación de su padre (1). El anecdotista conocido bajo el nombre de Mariscal de Reims afirma, contra toda verdad, que Felipe se negó á atender los ofrecimientos de los barones ingleses, bajo pretexto de hallarse en posesión «de tierras excesivas.» ¡Tierras excesivas! Es desconocer por completo al rey de Francia. «El rey dijo que no se mezclaría en la empresa. Cuando el señor Luis vió que su padre no quería comprometerse, le dijo: «Señor, si fuera de vuestro agrado, yo me lanzaría á este empeño por mi cuenta.—Por la lanza de san Jaime, respondióle el rey, puedes hacer lo que se te antoje; pero imagino que nada podrás lograr, porque los ingleses son traidores y felones y no te mantendrán su palabra.—Señor, dijo el señor Luis, cúmplase la voluntad de Dios.» La verdad es que, respecto á la empresa, padre é hijo estaban completamente de acuerdo.

En la asamblea de Melún (abril de 1219) se presenta el legado del papa, Galón, para impetrar del rey de Francia que no permita á su hijo embarcarse para Inglaterra, «propiedad de la Iglesia romana, según derecho de señorío.» «El reino de Inglaterra, responde inmediatamente Felipe, no ha sido ni será nunca patrimonio del Padre Santo. El trono está vacante desde que el rey Juan fué condenado en nuestro tribunal como mal-

(1) «*Patre penitus dissentiente.*»

hechor que había sido por la muerte de Arturo. Finalmente, ni rey ni príncipe alguno puede ceder su reino sin el consentimiento de sus barones, á quienes incumbe defenderlo. Y si el papa se resuelve á hacer prevalecer un error semejante, ofrece á todos los reinos un ejemplo pernicioso.» Al siguiente día Luis de Francia comparece ante la asamblea; después de haber mirado al legado de reojo, toma asiento al lado de su padre. Galón ruega al príncipe que no pase á Inglaterra á ocupar el patrimonio de la Iglesia romana, y al rey que se oponga á su partida. El rey responde: «Siempre he sido fiel al señor papa y á la Iglesia de Roma, empleándome siempre con eficacia en sus negocios é intereses. Hoy ni por mi consejo, ni por mi ayuda, hará mi hijo Luis ninguna tentativa contra esa Iglesia. Sin embargo, si tiene alguna pretensión que hacer valer sobre el reino de Inglaterra, escúchesele y sea hecho lo que en justicia deba hacerse.»

Entonces un caballero, encargado de hablar á nombre de Luis, se levanta y hace relación de los argumentos producidos en el famoso memorial. El legado los refuta y termina con una nueva amonestación al rey y á su hijo, conminándoles á no mezclarse en los negocios ingleses, pero agregando ahora amenazas de excomunió. Luis, dirigiéndose á su padre: «Señor, dice, soy vuestro hombre adicto por el feudo que me asignasteis en esta banda del mar, pero en nada os competen á vos mis acciones en Inglaterra. Apelo al juicio de mis pares para saber si debéis forzarme ó no á mantener mi derecho, cuando es un derecho de tal naturaleza que por vos solo no podéis hacerme justicia. Os ruego que de ningún modo os opongáis á esta resolución mía firmísima de mantener mi derecho, porque estoy dispuesto á combatir por la herencia de mi esposa hasta la muerte, si es necesario.» Y pronunciadas estas palabras, sale de la asamblea con los suyos. Nada le quedaba que hacer al legado sino pedir á Felipe Augusto un salvoconducto hasta el mar. «Con buena voluntad voy á concedéroslo, respondió el rey, para las tierras que son de mi dominio; pero si por desdicha vuestra venís á caer en manos de Eustaquio el Monje (un célebre pirata al servicio de Francia) ó de otro cualquiera de los hombres de mi hijo, el príncipe Luis, no habréis de achacarme la responsabilidad de las cosas lamentables que puedan sucederos.» «Á estas palabras, añade el cronista Roger de Wendover, el legado se retiró, ardiendo en cólera, del tribunal del rey.»

Mientras tanto, Felipe Augusto, continuando la comedia, confiscó ó simuló confiscar el Artois, tierra del príncipe real, y los dominios de los caballeros que se embarcaron con él para Inglaterra. Pero al mismo tiempo permitía á Luis reunir 1.200 hombres, entre los que figuraban la mejor parte de los héroes de Bouvines: Guillermo des Barres, Saint-Pol, Guillermo des Roches, el vizconde de Melún, Couci, Sancerre y La Truie. Si el rey en persona hubiera tenido que dirigir la empresa, no habría escogido mejores soldados.

Proporcionaba igualmente dinero. Las sumas destinadas á sufragar la campaña fueron extraídas con rigor de todas las provincias reales. En el Artois la tarifa de guerra fué percibida «en nombre del rey.» Todos los altos barones que se negaban á pagar se vieron obligados á consentir en un empréstito forzado. El duque de

Borgoña, Eudo III, proporcionó mil marcos. En Champaña, la condesa Blanca, regente en nombre de su hijo menor Thibaut IV, se negó á dar un sueldo, bajo pretexto de no contribuir con su dinero al ataque hecho á un príncipe cruzado. Algunos días después, como estuviera á la mesa con su hijo, una tropa de caballeros y sargentos (sirvientes, soldados en servicio) fuerza las puertas y la reta en nombre de Luis de Francia: ella huye á su cámara despavorida. Felipe Augusto conspiró contra los autores de semejante atentado. Desaprobó una vez más á sus agentes y á su hijo. Pero ¿cómo se habrían podido llevar á cabo todas estas levas de hombres y dinero sin el consentimiento del rey Felipe? Por eso el papa Inocencio III, después de haber excomulgado al príncipe, se aprestaba á descargar el golpe sobre Felipe. La muerte no le dió tiempo (16 de julio de 1216).

Cuando Luis de Francia desembarcó, el 21 de mayo de 1216, en Stonor, isla de Thanet, la situación de los barones insurrectos era comprometida. Juan *Sin Tierra* se había traído del continente 15.000 aventureros, al mando de Savari de Mauleón y de Fauquet de Bréauté. Estos bandidos habían entrado á saco en Inglaterra, racionando los habitantes, despojando las iglesias y cometiendo toda suerte de atropellos. Con su ayuda, Juan se había apoderado de Rochester, había devastado Northumberland y casi había conseguido bloquear á los barones en Londres. Pero á la llegada de los franceses, de quienes no se había atrevido á impedir el desembarque, todo cambió de aspecto. El príncipe real entró en Londres sin mover un arma, recibió en Westminster los homenajes de los obispos, de los nobles y de los burgueses, y confirmó los privilegios y la Carta magna, sin valerse no obstante del título de rey. El arzobispo de Cantorbery, Esteban Langton, todavía retenido en Roma, no podía consagrarle, y por otra parte Luis estaba excomulgado. Pero ¿qué importaba el título? Ya se utilizaría después de la victoria. La actividad del legado Galón y sus anatemas no impidieron á la mayoría de nobles y obispos agruparse alrededor del francés. Los vagabundos á quienes Juan *Sin Tierra* comenzaba á pagar mal ó á no pagar, le abandonaron. Todo el Este de Inglaterra, excepto tres ciudades, Lincoln, Windsor y Douvres, estaba en poder de Luis, que juzgó segura la corona, cuando Juan murió, el 19 de octubre de 1216.

Ahora bien: la muerte de Juan debía tener consecuencias en todo opuestas á lo supuesto por Luis. Dejaba un hijo de nueve años, Enrique, quien no era en modo alguno responsable de los crímenes de su padre. Un consejo de regencia dirigido por el cardenal Galón, legado del nuevo papa Honorio III, y por el viejo conde de Pembroke, Guillermo el Mariscal, se constituye rápidamente. «Hasta aquí, escribe en diciembre de 1216 el papa Honorio, hemos demostrado gran solicitud por la defensa del reino de Inglaterra, propiedad de la Sede Apostólica; pero es necesario desde ahora ocuparnos en ello con doble actividad, ya que Juan, de ilustre memoria, ha dejado en nuestras manos y bajo nuestra tutela su hijo y su corona. No es bien que se nos pueda comparar al mercenario que, á la vista del lobo, abandona sus ovejas y se da á la fuga.»

Galón hace consagrar y coronar en Westminster al joven Enrique III, y en seguida de esta ceremonia once obispos abandonan el partido de Luis de Francia.

El nuevo soberano se hace cruzado. Honorio le llama «su muy querido hijo, pupilo de la Santa Sede y cruzado.» Galón es el jefe oficial del consejo de regencia. Su signo y su sello figuran al pie de las actas administrativas. Muy hábilmente, hace jurar al joven rey los artículos de la Carta magna, olvidando muy á tiempo que esta constitución había sido anatematizada y anulada por el papa Inocencio III. Al propio tiempo entabla negociaciones con los nobles rebeldes para separarles de Luis y de los franceses excomulgados, «enemigos de Dios y de la Iglesia;» la guerra que se hace contra ellos es legítima y santa, es una verdadera cruzada. Los partidarios de Enrique III, los «caballeros de Cristo,» reciben del cardenal la orden de llevar una cruz blanca sobre el pecho. Los que hayan hecho voto de marchar á Tierra Santa podrán cumplir con él sin moverse de Inglaterra, combatiendo contra los extranjeros.

Ciertos cronistas ingleses afirman que Luis de Francia debió su fracaso á su mal gobierno: dicen que trató á Inglaterra como país conquistado, apropiándose los bienes de sus barones y persiguiendo á las iglesias que se negaban á adherirse á su causa. En realidad se condujo, especialmente en lo tocante al clero, con la moderación mayor del mundo. El estado de guerra y la rudeza de las costumbres en aquella época explican que se viera obligado á castigar duramente ciertas defecciones y á racionar algunos establecimientos religiosos para subvenir á los gastos de la campaña; pero no se trató jamás de expoliación sistemática. La impopularidad de los franceses y de su señor, aun en los comienzos de la expedición, es una leyenda. La desgracia para Luis de Francia fué tener que habérselas con Roma y sus legados. Por lo demás, la fortuna de las armas le fué casi siempre contraria. No se posesionó de Douvres, cuya toma le era necesaria. Fué á hacer una corta aparición en el continente para proveerse de hombres y dinero (enero de 1217). Felipe Augusto, visiblemente desanimado en esa empresa que no avanzaba un paso y teniendo que soportar los eternos ataques de Honorio III y de sus legados, hizo, sin abandonar á su hijo, menos de lo que podía hacer para auxiliarle. Continuando su papel, hizo ver que no hablaba al príncipe real excomulgado, pero no le impidió cumplir con lo que se proponía y volver á embarcarse. Cuando volvió á reanudar la campaña en 20 de abril, Luis cometió la imprudencia de dividir sus fuerzas frente á enemigos bien dirigidos. Mientras que él sitiaba el palacio de Douvres, el grueso de su ejército procuraba tomar el castillo de Lincoln, defendido por los realistas de Guillermo el Mariscal y de Fauquet de Bréauté. Las hábiles medidas de estos aventureros decidieron del éxito. Cuatrocientos caballeros del partido francés debieron rendirse, y entre ellos la mayor parte de los cabezas de la insurrección inglesa. Un poeta del tiempo celebra esta victoria, atribuyéndola al mismo Dios, protector de la dinastía legítima. «El sacrosanto ha concedido al joven Enrique una repentina madurez. Conducidos por Galón, el cardenal, astro de justicia y espejo de la razón, los fieles que ostentaban sobre su pecho la cruz blanca se lanzan contra los sacrílegos, y una santa conversión transforma las liebres en leones. ¡Dios mismo es quien combate por el Infante!»

El 24 de agosto de 1217, una flota francesa, compues-

ta de seis grandes bajeles y setenta barcas, transportaba un centenar de caballeros y un determinado número de sargentos (soldados) á las órdenes del pirata Eustaquio el Monje. En el puerto de Calais tropieza con la flota de Enrique III, compuesta de unos diez y ocho bajeles. Fué apresada la nave de Eustaquio con cuantos caballeros contenía, y muchos franceses murieron ahogados ó cayeron prisioneros. Eustaquio fué decapitado, y su cabeza clavada en una pica y paseada por todo el país de Cantorbery. Vencido por mar como por tierra, el hijo de Felipe Augusto se decidió por fin á abandonar su empresa. El 11 de septiembre firmaba el tratado de Lambeth. El cardenal y los regentes, dándose por muy satisfechos con ver partir al francés, aceptaron un artículo secreto por el que se otorgaban á Luis 10.000 marcos como indemnización de guerra.

La dinastía de los Plantagenet, aunque vejada, continuó reinando, sin embargo. Vasalla y tributaria de la Santa Sede, venía obligada á reconocer la Carta magna, impuesta por una coalición de nobles, clérigos y burgueses. Estaba tan pobre Inglaterra, que necesitó más de tres años para pagar la indemnización prometida. En el continente, satisfecha con conservar las posesiones de Saintonge y de Gascuña, no hizo, mientras duró la vida de Felipe Augusto, esfuerzo alguno por interrumpir la paz y reconquistar los perdidos territorios. El tratado, concluido en 1214 en Chinón, fué renovado por cuatro años en 1220. El rey de Inglaterra, provisionalmente cuando menos, parecía aceptar los hechos consumados.

II.—Los preliminares de la cruzada contra los albigenses (1)

Hacia fines del reinado de Felipe Augusto el conde de Tolosa, único dominio feudal que había conservado con verdad su independencia, fué combatido y destrozado por las armas y la política del conquistador y de su hijo. Una serie de acontecimientos extraordinariamente trágicos, en los que no intervino al principio la realeza, les permitió más tarde extender su autoridad hasta ese país lejano que parecía habitado por otro pueblo, viviendo de extraña civilización.

(1) FUENTES.—Para este párrafo y el siguiente: la *Chronique* de Pedro de Vaux-Cernai, en la colección de *Historiens de France*, tomo XIX, y la de Guillermo de Puylaurens, *ibid.* La *Chanson de la Croissade contre les Albigeois*, por Guillermo de Tudela y un poeta anónimo, edición Paul Meyer, dos volúmenes, 1875-1879. La correspondencia de Inocencio III, en la *Patrologie latine*, de Migne, tomos CCXIV-CCXVII. El *Catalogue des actes de Simon et d'Amaury Montfort*, publicado por A. Molinier, en la «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» 1873. Consúltese De Smedt, *Les sources de l'histoire de la Croissade des Albigeois*, en la «Revue des Questions historiques,» 1874, y P. Meyer, Introducción á la edición de la *Chanson de la Croissade*.

OBRAS DE CONSULTA.—Preger, *Ueber die Verfassung der französischen Waldesier in der älteren Zeit*, 1891 (tomo XIX de los «Abhandlungen der historischen Classe der königlich Bayerischen Akad. der Wissenschaften»). Schmidt, *Histoire et doctrine de la secte des Cathares ou Albigeois*, 1840. Douais, *Les Albigeois, leurs origines, action de l'Eglise au XII^e siècle*, 1879. Dulaurier, *Les Albigeois ou les Cathares du Midi de la France*, en el «Gabinete histórico,» 1880. C. Molinier, *L'Inquisition dans le Midi de la France, étude sur les sources de son histoire*, 1881. Hurter, *Geschichte Papst Innocenz III und seiner Zeitgenossen*, tercera edición, 1841-1843. Balme y Lelaidier, *Cartulaire et histoire diplomatique de Saint Dominique*, 1893, dos volúmenes.

Desde mediados del siglo XII tenía la Iglesia en los valles del Garona y del Ródano un enemigo á quien no podía despreciar. Nuevas creencias, nacidas, ora de un radicalismo llevado á la exageración, ora de la importación de dogmas forasteros, se habían levantado contra la doctrina y la disciplina católicas. La religión *valdense* iba apoderándose cada día más de los países ribereños del Ródano, y la religión *albigense*, del Langüedoc, los Pirineos orientales y centrales y la Gascuña. La Francia del Mediodía poseía ya su lengua, su literatura y su civilización peculiar. Parecía que con la comunidad de la fe estaba á punto de desaparecer el único lazo que todavía juntaba entre sí las gentes del Norte y del Mediodía.

Por los años de 1170, un rico comerciante de Lyon, Pedro Valdo, sacudido, como tantos otros, de la pasión de reformar la Iglesia, hacia transcribir á costa suya, en lengua romance, los Evangelios, algunos libros de la Biblia y concisos extractos de los Santos Padres: era una nueva manifestación de la tendencia que movía las almas escogidas á volver al cristianismo de las primeras épocas de la Iglesia. Valdo dejó su comercio, y reduciéndose á pobreza extrema, dióse á predicar el puro Evangelio. Arrastra turbas de discípulos; habla en las calles, en las casas y en las plazas públicas. Al principio no se separa de la Iglesia romana, y tal vez no tuvo jamás la intención de separarse. Es un reformador laico, un purificador de la fe. Sin embargo, el arzobispo de Lyon le prohíbe esta predicación, y viéndole insistir, lo excomulga. Pedro Valdo apela de ella al Papa. Alejandro III, más indulgente que el arzobispo, le alaba por haber hecho voto de pobreza y aun le autoriza á predicar, con tal de que el clero de la ciudad se lo permita ó se lo pida. Valdo y sus discípulos se resignan durante algún tiempo á seguir estas condiciones; pero el papa Lucio III excomulga como heréticos á «los pobres de Lyon,» que este nombre llevaban los discípulos de Valdo. Abandonando entonces Lyon y los países lyoneses, se internan en el Franco-Condado, en Borgoña, en el Delfinado, hasta Lorena por el Norte, y hasta Narbona y la Provenza por el Sur. A fines del siglo XII la Iglesia tenía que habérselas con los valdenses, á la vez, en Metz, en Estrasburgo y en Montpellier.

Estos valdenses, que dos siglos más tarde se ven legados á los altos valles de los Alpes, vivirán hasta el siglo XVI y darán precursores á la Reforma. Han podido durar tantos años, porque si bien estaban separados de la Iglesia católica, permanecían sin embargo en el cristianismo. Es verdad que no admitían ni la presencia real, ni la ordenación, ni el culto de los santos, ni el dogma del Purgatorio; no practicaban ni el ayuno ni la abstinencia; su culto se reducía á la predicación, á la plegaria y á lectura de los Evangelios y de los libros santos; reconocían á toda gente, en estado de pureza, el poder de confesar y absolver; pero no tenían una metafísica ni una teología anticristianas; en fin, se trataba de una religión de gentes pobres, que parecía menos temible por lo mismo. Completamente distintos fueron el carácter y el destino de la otra herejía.

La religión de los del Langüedoc y la Gascuña, llamada de los *albigenses*, tiene oscuros orígenes. Los albigenses no han escrito su historia; sólo se sabe lo que

eran y lo que pensaban, por los relatos de sus perseguidores y los procesos verbales de los tribunales que les condenaron. Lo que es seguro es que el terreno había sido abonado, en esta parte de Francia, para la herejía por la predicación de Pedro de Bruys y Enrique de Lausanne (1). En 1163 el concilio de Tours denuncia los amenazadores progresos de una herejía que se derramaba de Tolosa «como un cáncer» sobre las vecinas comarcas. Los obispos del Mediodía reclaman el apoyo del brazo secular, pero los señores del Langüedoc les niegan toda intervención. El clero del país tiene entrevistas con los jefes de la herejía en el castillo de Lomers, cerca de Albi, y tratan inútilmente de intimidarles para convertirlos.

En 1167 los albigenses se reconocen bastante nume-



Sello del conde de Montfort

rosos y bastante fuertes para tener una especie de concilio en San Félix de Caramán, donde acaban de fijar su disciplina, su organización y su culto. Se vió comparecer en la asamblea un obispo hereje de Constantinopla, Nicetas, venido, á lo que parece, para establecer un lazo permanente entre los albigenses de la Francia meridional y los del imperio griego. El conde de Tolosa, Raimundo V, escribía en 1177 al capítulo general del Cister, para significarle los aterradores progresos de la herejía: «Ha penetrado por todas partes, ha sembrado la discordia en todas las familias, dividiendo al marido y la mujer, al hijo y al padre, á la nuera y la suegra. Los mismos sacerdotes han sucumbido al contagio. Las iglesias se ven desiertas y caen á pedazos. Por mi parte he hecho todo lo posible para acabar con semejante plaga, pero comprendo que mis fuerzas son insuficientes para tamaña empresa. Los más considerables personajes de mi tierra se han dejado corromper. Las turbas siguen su enseñanza y abandonan la fe; he aquí por qué ni me atrevo, ni podría reprimir el daño (2).»

(1) *Historia de Francia*, tomo II, segunda parte, páginas 361 y siguientes.

(2) Esta carta, junto con otros testimonios precisos, permite refutar la opinión de los eruditos (entre ellos M. A. Molinier, en el prefacio del tomo VI de la nueva *Histoire du Langüedoc*) que creen que los textos contemporáneos exageraron el número de herejes. Estos no debían formar sino una ínfima minoría en el Langüedoc. Pero el autor de un libro reciente sobre la historia de los tribunales de la Inquisición, M. Tanon, profesa la opinión contraria, nosotros creemos que con razón.